

egoísta y peligrosa clase directora y única, quizás tan terrible y peligrosa como la que hasta hoy ha causado las presentes desgracias nacionales. Y tiene esta clase tales caracteres porque no está creciendo como la otra creció a la sombra de un despotismo tranquilo y opulento y generalmente aplaudido y soportado, sino que entra a la liza bajo los auspicios súbitos, brutales e incontenibles del triunfo guerrero. En el fondo, esta revolución es puramente política y no tiene más fin práctico que el de poner todas las tradiciones del despotismo en manos nuevas, arrancándolas de las traidoras de Huerta que es el representante legítimo de la tradición porfiriana. En primer lugar, se preconiza la venganza. En aras de este Moloch y por ser amigo de un adversario político, los íntimos de don Venustiano no solo se opusieron a que este me recibiera y me aceptara en el consorcio, sino que pidieron medios violentos a los cuales, por fortuna, el jefe no adhirió. Tuvo la real bondad que le agradeceré siempre, de darme dos días para salir sin ser molestado en manera alguna. Pero mi caso no es más que uno. A mi llegada a Nogales, en donde paré dos días esperando tren, fué aprehendido del lado mexicano, e incontinentemente fusilado por el jefe de las armas—un peladón cualquiera—, un joven periodista del otro bando que tuvo la imprudencia de atravesar la línea fronteriza para comer enchiladas en un figón paisano. Tan tierno, tímido e insignificante era ese traidor que hubo que hacerle violencia para que se tuviera en pie ante sus verdugos. Nota trístísima: Salsa de la escuela un grupo de muchachitas charlatanas e inconscientes y oí que decían: "Fueron Uds. a ver al fusilado?" Y en la campaña, lo sé por oficiales combatientes; *no se hacen prisioneros*. La consigna efectiva o tácita es: muerte al pelón! muerte al federal! como si esos desgraciados fueran culpables.... Y en este ramo de las violencias hay todo un programa para la hora del triunfo.

En segundo lugar entra la reforma social. Esta

consiste en el despojo más o menos sistemático de los ricos. En Sonora, por ejemplo, los bienes de los que no se han adherido a la causa están confiscados temporalmente. Pero aquí mismo se verifica un fenómeno que debe tomarse en cuenta. Los indios yaquis favorecen, por odio al federal, la causa constitucionalista y tienen un millar o más de combatientes al servicio de la revolución. Pues bien, los yaquis restantes, afuera de los poblados, se dedican tranquilamente al bandidaje: no matan, pero roban. Y el gobierno los tolera.... pero se las guarda. Fíjese Ud. en esto y medite sobre la reforma social que espera a este grupo indígena y a todos los demás de la República cuando los "hombres del Norte", que dice Pesqueira, se metan a labrar la felicidad de sus conciudadanos.

¿Me tachará Ud. de pesimista? No, no lo soy. He dicho que soy hombre de ilusiones, es decir, de ideales. Por lo que investigué, Carranza es varón fuerte y tiene conciencia de sus responsabilidades. Ojalá que su *entourage* no se le sobreponga. Alguien me dijo estas palabras textualmente: "Esta revolución es la última carta de la baraja, y mi terror y mi angustia consisten en que el día del triunfo tal vez no encontremos hombres de valer y de prestigio capaces de acometer con éxito la obra de la reconstrucción".

Pero para mí, buen amigo, como para Ud., el asunto queda en pie. A través de todas las humanas vicisitudes, el día de la justicia vendrá. Si estos luchadores no lo alcanzan, otros vendrán y el pobre Indio algún día enjugará sus lágrimas y aportará al concierto de la civilización americana su nota insondable de poesía y sentimiento.

Quedo de Ud. afmo. amigo y S. S.

Y. Z

Le adjunto las siguientes interesantísimas declaraciones de Carranza:

"La gran revolución que desde hace tres años nos

tiene sumidos en los horrores de la anarquía, según unos, o debatiéndonos en esfuerzos titánicos para llegar a una organización mejor, según otros, nos ha obligado a todos, amigos y enemigos, radicales y conservadores, a estudiar de cerca los orígenes de ese riguroso movimiento que ha logrado sacudir la apatía de las masas populares que durante el porfirismo permanecieron al parecer, somnolientas e inmóviles cuando en realidad incubaban en su seno ansias fecundas de libertad y anhelos fervorosos de emancipación.

"Apoyados en los hechos, en la historia nacional, en la doctrina de los maestros y precursores, hemos demostrado, por nuestra parte, que la causa inicial y profunda de ese inusitado sacudimiento de las multitudes, radica en nuestro absurdo régimen agrario, en la "monstruosa división de la propiedad territorial", en la existencia de un feudalismo rural férreamente organizado, en que unos cuantos señores con el engañoso nombre de hacendados, mantienen en la opresión y en la miseria más negra a muchos millones de hombres a quienes se quita el derecho de comer a sus anchas, de trabajar para sí, de disfrutar un jornal que les permita cubrir la desnudez de sus hijos.

"Como dice el licenciado Wistano L. Orozco, en su libro sobre "Terrenos Baldíos", que es una de las obras clásicas en el Derecho Mexicano.

"El hacendado compra el derecho "pro indiviso" a una fanega de sembradura, por ejemplo.

"A pretexto de esta compra, y a veces sin pretexto ninguno, manda atascar con sus mojoneras medio sitio o más de terreno que pertenece legítimamente a sus pacíficos vecinos, pobres muchos e ignorantes las más de las veces.

"A renglón seguido de esta invasión, si los dueños legítimos de la tierra sacan de allí los ganados del hacendado, el jefe político del cantón declara bandidos a dichos dueños y los manda asesinar mediante la ley de

fuga, los reduce a prisión o los consigna al servicio de las armas.

"Y el pueblo mejicano, cansado de esta horrible explotación se ha lanzado a la guerra para no sucumbir de inanición. Esta es la lucha por la vida. Ya que la voz de la razón no se escuchó y la tierra no se repartió por las buenas, hoy la tomamos por la fuerza y la repartiremos por ley de orden público teñida en sangre. Es bien triste. Yo quisiera que todos recapacitaran y pusieran fin a su derramamiento.

"¡Abajo Huerta! ¡Viva la revolución libertadora!"

Santa Clara, (Cuba) Dic. 10/913.

Sr. Y. Z.

El Paso, Tex.

Mi querido amigo:

De Madrid me reexpidieron la buena carta de Ud. del 9 ppdo. y la contesto en el acto nerviosamente, después de haber violado las reglas establecidas, mostrándola a varios amigos que se encuentran en este hotel, pero con la más sana intención del mundo. Desde luego nos ha hecho Ud. un gran bien: aquí corren los rumores más absurdos respecto de la personalidad del hombre sobre quien están fijadas todas las miradas, pendientes todas las esperanzas de los mexicanos de vergüenza. Unos afirman que está dispuesto a tratar con Huerta o con Félix, otros que todo lo tenía listo para sublevarse contra Madero. La afirmación de Ud.,—no obstante su indignación tan justa y el despecho que ella origina,—de

que Carranza es un varón fuerte y que tiene conciencia de sus responsabilidades, ha venido a convencernos de que todas esas murmuraciones son la obra eterna, hipócrita y falaz de los enemigos del pueblo. Su discurso de Ciudad Juárez nos ha llenado de regocijo.

A una carta como la de Ud. que respira tanta sinceridad, yo no puedo contestar sino con un cange completo de mi pensamiento con el suyo, que tan desnudo me muestra. Desde luego, ¿cómo es posible que Ud. tan avisado y tan mundano, haya podido presentarse a los directores de la Revolución sin una carta de su cónsul, por ejemplo? El solo recuerdo de sus ligas con uno de nuestros adversarios políticos, tiene que haber causado verdadero terror en el campo revolucionario. Hace dos semanas encontré en esta a don . . . y deseoso de saber noticias de Ud., le pedí informes. "Está en Hermosillo y lo tenemos en observación." Y en el acto le dije: "Pero eso es una atrocidad! Z. es un ardiente revolucionario cuyas ideas conozco a fondo! Diga Ud. a los jefes que Z. es un hombre sincero de cuya lealtad respondo. Se está cometiendo un gran error y una grave injusticia!"

Pero precisamente esa manera de presentarse de Ud., pasado el asombro que debe haber producido su llegada, es un título más de sinceridad de espontaneidad, de confianza. Si Carranza verdadero árbitro de nuestros futuros destinos, tiene dón de gentes, él sabrá estimar lo que Ud. llama con tanta modestía su "honrado esfuerzo". Si el asesinato de su gran amigo Serapio Rendón, ese honrado representante del pueblo que yo ví partir de Cuba en peligrosísimo momento para meterse en las fauces del tigre, acabó con las vacilaciones de Ud., lanzándolo a generosa aventura poco propicia a su refinada cultura social, esa manera de presentarse para pedir un fusil desdefiando toda "influencia" y toda intriga, su mismo "chasco" (impropia palabra en cosas heroicas!) me aseguran para Ud. una colaboración cuanto más efectiva más benéfica, para los graves días

de reivindicación (si no de vindicta que su moderantismo rechaza) y de reconstrucción social. Porque en esa colaboración, en ese participio yo sigo creyendo amigo Z. La voluntaria reclusión de Ud. en los Angeles, tiene que haber concluido despues del mes que ha transcurrido desde la fecha de su carta. Si la Revolución, que Ud. llama "necesarísima", comete excesos, necesita hombres como Ud para moderarlos (los que por esa causa se alejan de ella como Raúl Madero, cometen la más grave consecuencia); si hombres "sin pureza de miras" comienzan a agruparse en torno de ella, hacen falta los que como Ud. van "de gorra" y sin otra ambición que recobrar el honor nacional ultrajado por el bribón que traicionó a su jefe y burló al pueblo.

Yo no creo que hombres como Ud. puedan hacer la guerra en México de una manera efectiva, es decir, que puedan hacer la fusil al hombro y canana al pecho, sin caer en el hospital (?) a las veinte jornadas. En París, como Camilo, como Baudin, como cualquiera de nuestros maestros de heroísmo, pondríamos nuestro pecho detrás o encima de una barricada y caeríamos como cualquiera por un poco de gloria. Pero en México, donde los campos son largos y altas las montañas, donde el combatiente come maíz tostado, bebe lo que puede y "duerme con la que puede", la guerra es guerra de lobos con el incendio además porque todo está agravado por el odio de una raza que se siente secularmente oprimida y cuyos instintos se manifiestan en cuanto la posesión de un fusil le revela el verdadero sentido de su libertad sacrosanta, de su dignidad recobrada y la vergüenza de haberlas perdido y el rencor macho, ronco, reconcentrado, que estalla al fin, chiflando, del primer cápsul. ¿Por qué se espanta Ud. de que un "peladón cualquiera" fusile a un joven periodista del otro bando, "tierno, tímido, insignificante"? En mi íntimo sentir —y en el de Ud. también señor ateniense— en México hay esto grande: "los peladones" y esto despreciable: federales y periodistas; los primeros porque ningún

hombre de honor—y mucho menos cuando ese hombre de honor es un soldado—puede batirse por un traidor; y mucho menos cuando a los ojos espantados del mundo entero ese traidor está asesinando al pueblo; y mucho menos cuando ese pueblo está en peligro de perder su independencia—; y los segundos porque, en estos momentos, el ejercicio del periodismo en México es cosa imposible para un hombre honrado. ¿Ha pensado Ud. que esta guerra no es una simple guerra civil, que no será, sino como consecuencia, una guerra social, pero que sí es, porque tal fué el grito de Carranza, una guerra moral, una guerra por la reconquista del *sentido moral* hecho trizas por toda una clase—la clase criolla del centro y sur—que acogió primero en su vil pecho, con fruición y deleite, la vil impostura diaria de “La Tribuna” y “El Mañana” y aplaudió después, con cobarde suspiro, el asesinato de los dos hombres más honrados que la República había puesto a su cabeza? Los “Hombres del Norte” cuan justa es la fiera palabra de Pesqueira! Yo no tomo en cuenta las excepciones. Estas son entre otras: Usted, veracruzano que mamó leche de Vergniaud y de Montesquieu; Azcona que la mamó de Schiller: Alberto Pani, más florentino que “chilero” de Aguascalientes; Vasconcelos natural en Boston y exótico en Oaxaca; pocos, muy pocos: si hasta Urueta, la más verdadera de nuestras glorias literarias es de Chihuahua! Los Hombres del Norte! Si esto esto es una fanfarria! “Esto matará aquello”.... Los coahuilenses de Madero y Carranza, los sonorenses de Pesqueira o de Maytorena, los sinaloenses de Alvaro Obregón, los tamaulipecos de González y Villarreal, los duranguenses y chihuahuenses de Villa y Pereyra, los tusos zacatecanos de Natera ayudados por Cándido Aguilar, indio veracruzano, hacendado de poca cultura y mucha vergüenza, vendrán a remplazar a Oaxaca, a Toluca y al Distrito Federal que la perdieron! Los Hombres del Norte, yo ya no conozco otra cosa!

Después de expresarle mis esperanzas, no para dis-

cutir sus opiniones —con las cuales, en el fondo, marchó de acuerdo y no puede ser de otra manera en cosas esenciales cuando la armonía de nuestras mentalidades es tan perfecta— sino con la buena intención de disculpar lo que Ud. llama “honrado esfuerzo” y yo califico “bello gesto”; con el deseo vehemente de que el espectáculo de la guerra, siempre miserable visto en detalles, en escenas, y la constatación de indignas intrigas, no vengan a distraerle, a apartarlo del camino que tan noblemente se ha trazado; después de expresarle esas esperanzas, digo, debo confesarle que tampoco yo me hago ilusiones respecto de lo único que, sin la diabólica traición de Huerta, justificara cualquier movimiento en México: *la redención del Indio*. Yo temo tanto como Ud. que no se encuentren, el día del triunfo, hombres de bastante valer y prestigio para ayudar a Carranza en su obra de reconstrucción. Aquí está la palabra: “reconstrucción”. El mismo Azcona —que es de los pocos mexicanos que vean en el fondo esa turbia cuestión, la Cuestión India—el mismo Azcona le dirá a Ud. que así lo expuse al Maestro (así llamo yo a Madero): “*Penuria de Hombres*, esta es la verdadera crisis”, y el Maestro asintió. Si entonces nos faltaban Hombres para “mantener” ¿cómo no nos van a faltar ahora para “reconstruir” y mucho más para “regenerar”? Yo pienso que el hachazo de Huerta nó cicatrizará en muchos años, por mucha prisa que nos demos en curar la honda herida. Cirujano, el pobre Carranza no podrá ser otra cosa, ni otra cosa puede pedirle el país sensatamente. Porqué además del hachazo feroz, la pobre patria tiene un mal más grave que Félix Díaz puso en evidencia: *una gangrena virulenta en la conciencia*. Y hay que extirparla. Esta gangrena, no la vieron todos, pero si la vió Madero cuando en el Casino de Monterrey, pocos días antes de tomar posesión de la Presidencia, echó este duchazo al frenesí de sus aclamadores: “Deseo que así como yo comprendo la responsabilidad que el pueblo me impone, este pueblo tenga conciencia de su compromiso y que estos aplausos y es-

tos vítores no sean los que se dirigen siempre a todos los triunfadores”.

Querido amigo Ud. tiene la bondad de recordar aquel grito mío, lanzado a tiempo. Recordará Ud. también que al señalar el mal, preconizaba yo este remedio: “sin piedad para los que no tienen piedad”. Es decir: sin piedad para el fiscal y el cura que le cobran al Indio cuando nace, cuando lo casan y cuando lo entierran, como le cobra el recaudador cuando vende una docena de jitomates, el alcalde cuando se enmona o el capataz cuando lo perdona; sin piedad para el abarrotero inmundo que lo envenena con brevajes imposibles, mortíferos, y le sirve, por sus cuartillas sonantes, alimentos indignos de un cerdo, teniéndolo de la mano y con la vista fija en su sed y en su hambre, hasta el momento en que, desperdicio, lo arroja en la fosa-refugio; sin piedad para el hacendado que lo explota doce horas diarias, contra nueve centavos y azotes; sin piedad para el “maestro” que lo roba con los libros de texto; sin piedad para el hijo del patrón que en una borrachera estupra a su hija porque es bonita; sin piedad para el enganchador que desde el Yaqui lo lleva a Chiapas instalado como cerdo en furgones; sin piedad para el Jefe Político que le arrebató a su pequeño para “ofrendarlo” al compadre del rancho inmediato; sin piedad para el boticario que lo cura de imaginarias enfermedades; sin piedad para el leguleyo que lo arruina “para gajes y papel sellado” en eternos pleitos que siempre pierde; sin piedad para el rico que por coche, tranvía o ferrocarril lo mutila sin pagarle indemnización; sin piedad para el minero o el fabricante que lo dejan manco o ciego y tampoco le pagan; sin piedad para el hacendado inmediato que le compra su territa por un plato de lentejas y lo deja peor que Job a los dos años, o en una “medición” se la coge simplemente; sin piedad para el judío de Tabasco o el gachupín de Guanajuato que le compra con falsos almudes y con falsas pesas; sin piedad para el recuero o el banqueró que le hacen la “carga” perdediza; sin piedad para el médico del

Hospital que lo arroja a la calle por “incurable” (así encontré a uno, moribundo, camino a Gutiérrez Zamora, lo llevé a caballo hasta Naolinco, donde dejó sus pobres huesos); sin piedad para el sargento o el capataz que lo torturan en el cuartel o en el “cuarto de cepos”; sin piedad para el coronel que lo afilia “de leva”, lo rapa y le roba alimentos y buena parte de la “paga”; sin piedad para el orocho que lo mismo lo subleva para derribar a sus opresores que para encumbrarlos de nuevo; sin piedad, sobre todo, para los que, periodistas o simples declamadores huertistas de cantina, felixistas de club, vazquistas de tertulia, reyistas de logia o barristas de púlpito, mantienen con la mentira, con la calumnia, con la constante impostura, el más abominable de los regímenes, la más odiosa de las tiranías, la más descarada de las usurpaciones y digo abominable, descarada y odiosa, porque no fué el criollo, *el pálido criollo* quién derramó su sangre anémica para conquistar la independencia americana, sino la roja y jugosa sangre azteca prodigada a torrentes por la salud de los hijos de sus conquistadores que, de entonces acá, adueñados del poder, rodeados de honores y riquezas, lo gobiernan bajo el nombre de liberales o conservadores tan admirables en su apatía, en su insignificancia, en su indiferencia de advenedizos, de “fils à papá” como despreciables cada vez que, peligrando su vida o sus riquezas, le piden de nuevo su sangre cuando ellos ni en tiempo de paz hacen servicio en filas o piden, sempiterna y alternativamente, la protección del extranjero en cambio de concesiones y de la dignidad nacional...

La independencia mexicana, amigo ilustrado y querido, está por hacer. Ni los tratados, ni los códigos ni la Historia; así, con H grande, ni los discursos ampulosos e indigestos del 16 de Septiembre, ni nada me prueba que un país en que de hecho existe la leva, el peonaje, la ley fuga y la tienda de raya, un país cuya enorme mayoría está compuesta de aborígenes que yacen en la ignorancia y la servidumbre, un país cuyos habitantes.